

LAS UNIVERSIDADES CATÓLICAS Y EL PENSAMIENTO CONTEMPORANEO

Las denominadas "Universidades católicas" constituyen una realidad contemporánea.

Sabido es que la inmensa mayoría de las Universidades surgieron en la Edad Media, por obra de la Iglesia. Fueron los Papas quienes las fundaron o las reconocieron, con singulares privilegios.

Entonces no cabía hablar de Universidades católicas en un sentido diferenciador, porque todas lo eran.

La acción secularizadora comenzada con el protestantismo hizo que las Universidades engendradas por la Iglesia o nacidas por iniciativa de emperadores, reyes o ciudades, en un ambiente de unidad espiritual e ideológica, fuesen perdiendo sus esencias. Así, al comenzar el siglo XIX se convirtieron—por lo menos en la Europa continental—en instituciones estatales de inspiración ajena al pensamiento católico. El racionalismo y el positivismo se fueron enseñoreando del campo científico y del mundo universitario. Los "sabios" proclamaron la incompatibilidad entre la razón y la fe, entre la ciencia y la revelación; de manera que el pensamiento católico quedó relegado, sin influjo suficientemente eficaz, aunque nunca dejaron de brillar en los campos del saber hombres de arraigadas creencias y de solidísimas virtudes cristianas.

Sin embargo, desde entonces—como recordaba el gran Pío XII a los universitarios católicos italianos, en 1941—: "¡Cuántos campos de estudio y círculos científicos encontrados que se han desarrollado y crecido alejados de todo contacto con el pensamiento católico, sin hacer aprecio alguno del gran hecho de la revelación divina, moviéndose en un ambiente, si no siempre antirreligioso, sí, por lo menos, al margen de la religión! De donde proviene una funesta des cristianización del espíritu en muchos de aquellos "maiores", llamados a ser guías de sus hermanos, a iluminar a los demás, a pensar por ellos, a dirigirlos en la vida, librándoles de los frutos amargos que ahora estamos probando."

Por eso, a mediados del siglo pasado, la Iglesia reanuda su vieja tradición universitaria, bien restaurando antiguas Universidades, como las de Lovaina o Toulouse, o bien creándolas de nuevo, como en Angers, Lille, Lyon, Milán, Nimega o Lublin, por citar tan sólo Universidades europeas.

Es entonces cuando se habla de "Universidades católicas", para distinguir entre las Universidades fundadas e inspiradas directamente por la Iglesia y las ajenas a ella, de ordinario instituciones estatales y, con frecuencia, agriamente anticatólicas.

Recogiendo la realidad de los primeros años de nuestro siglo, el Código de Derecho Canónico dispone (canon 1.379) que "si las Universidades públicas de estudios carecen de doctrina y de sentido católicos, es de desear que se funde en la nación o en la región una Universidad católica". La iniciativa y responsabilidad corresponden, "sobre todo", a los obispos, pero "los fieles no omitirán, según sus posibilidades, contribuir con su ayuda a la fundación y sostenimiento de las escuelas católicas". De todas formas, la institución de estas Universidades o Facultades está reservada a la Santa Sede.

Frente a la extensa necesidad sentida, la tarea ha sido lenta y trabajosa, pero tenaz e ininterrumpida. Cada día surge una nueva Universidad católica, y hoy existen por el mundo una extensa red de instituciones ca-

tólicas que trabajan intensamente en el cultivo de la ciencia y en la educación de la juventud, fieles a las consignas emanadas de la Sede Apostólica.

Como afirmaba Pío XII en el discurso antes aludido, "la Iglesia, jamás enemiga de la ciencia y de las artes, ama y se preocupa de tener centros propios de alta cultura, donde ejercer libre y plenamente su obra; mas no por esto renuncia a que la verdad, cuyo depósito custodia, quede ausente y sin influjo en los otros centros, cuya ordenación prescinde, más o menos, de la vigilancia católica".

Y así, durante el pontificado de León XIII, al amparo de la ley francesa de 12 de julio de 1875, que abrió una cierta brecha en el estatismo docente, surgieron las Universidades de Angers, Lille, Paris y Toulouse, que luchan bravamente por mantener la cultura católica frente a la acción fortísima del laicismo docente oficial.

No es fácil ponderar todo lo que en el renacimiento católico de los intelectuales franceses y su proyección en la vida social y política quepa atribuir a las cuatro Universidades citadas, pero no será aventurado afirmar que, sin ellas, el influjo del laicismo universitario estatal, hoy tan extenso, hubiera sido enteramente arrollador.

Y lo mismo puede decirse respecto a Bélgica, donde la Universidad católica de Lovaina, resurgida en 1835, ha sido el antídoto constante del espíritu laicista y peyorativamente liberal de la Universidad de Bruselas.

En Italia, la Universidad del Sagrado Corazón, de Milán, la obra admirable de aquel gran converso y luchador que fue el inolvidable padre Agustín Gemelli, ha logrado contrarrestar en gran parte el sectarismo alimentado en las Universidades estatales. Es evidente que el influjo actual del catolicismo italiano en el campo social, político e intelectual se debe, en gran parte, a la obra desarrollada por la Universidad milanesa en sus cuarenta años de vida.

Y algo análogo cabe decir respecto a Ho-

landa, gracias a la Universidad de Nimega, fundada en 1923; y con relación a Polonia, merced a la Universidad católica de Lublin, erigida en 1930; baluarte duramente atacado, pero no rendido por el comunismo invasor.

El florecimiento católico norteamericano y canadiense debe, sin duda, mucho a las Universidades católicas—alguna de ellas prestigiosísima—de aquellos países, lo mismo que el pensamiento católico filipino ha encontrado siempre una sólida salvaguardia en la Universidad de Santo Tomás, de Manila, donde la aportación de los dominicos españoles fue hasta estos últimos años decisiva.

Lo mismo se puede afirmar de las Universidades católicas de la América hispana, como de las pocas de Asia y África.

Cierto que estas Universidades de la Iglesia, esparcidas por todo el mundo, representan una minoría frente a todas las demás Universidades, muchas de las cuales tienen una inspiración anticatólica o, por lo menos, ideológicamente desorientadora. Digamos si no esas legiones de muchachos iberoamericanos, africanos o asiáticos formados en las Universidades laicas que acaso sólo han tomado de la llamada "cultura occidental" la negación de los valores cristianos.

Los Papas—recuérdese especialmente la obra de León XIII, Pío XI y Pío XII—no han cesado de estimular y alabar la actuación de las Universidades católicas, fidelísimas siempre a las orientaciones de la Santa Sede.

Señalando la eficacia de las Universidades católicas para la transformación social que el mundo necesita, Pío XII advertía en octubre de 1957 al II Congreso mundial para el apostolado secolar: "Con excepción de Filipinas, los católicos de Asia, como en su mayor parte los de África, constituyen en su población unas minorías. Deben distinguirse, por lo tanto, mucho más por su ejemplo. Donde, en efecto, lo hacen, se han ganado la estima de los no católicos, pero no habrán de participar en la vida pública más que después de haberse preparado bien. Por lo tanto, las Universidades católicas de América y de Europa prestarán de buen grado su ayuda a los cristianos de Asia y África que deseen prepararse para los cargos públicos."

Si los dirigentes de los países que ahora, especialmente en África, están surgiendo a la vida independiente se hubiesen podido formar en las Universidades católicas, como pedía Pío XII, es seguro que no hubiéramos presenciado espectáculos tan bochornosos como los recientes del Congo. Con Universidades sinceramente inspiradas en el pensamiento de la Iglesia, el mundo lograría la estabilidad política y social de que hoy carece, y resultaría inconcebible la negación de las más sagradas libertades que hoy sufren los pueblos aherrajados por el comunismo.—Isidoro MARTÍN.